

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 380

Barcelona, 16 de Febrero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

Porque las
clases conser-
vadoras espa-
ñolas no podían con-
sentir que se afianzara
institucionalmente, por
medio del sufragio,
una República lo bas-
tante atrevida para
mermar un poco sus
privilegios sociales...

Lo que tienen ellos y lo que tenemos nosotros

En París, los franquistas vienen publicando, además del lamentable *Occident*, un *Bulletin d'Information Espagnole*, que aparece todas las días, salvo los domingos. El gerente no es español, naturalmente. Es un francés: M. André Real. Un francés que, al ayudar por un estipendio a los facciosos de España, labora conscientemente, cínicamente, antipatrióticamente, contra su país. Dicho individuo está ya juzgado. Merece, desde luego, la confianza de los Troncoso, los Portago y consortes.

En el número del 3 de febrero último del aludido *Bulletin*, viene un editorial que, sin duda, habrá escrito también el citado M. André Real. Y en él se aborda el tema de la humanización de la guerra.

He aquí algunos párrafos del mismo: «Se habla ahora, después de más de año y medio de guerra durísima, después de haberse contemplado el espectáculo de la revolución más cruel y sanguinaria que vieron los siglos, después de precedentes como el sacrificio de Madrid, condenado por la obstinación marxista a servir de campo atrincherado; se habla, repetimos, de sentimientos imperiosos de humanidad.

«El Alto Mando ha imperdido siempre a esos sentimientos; al contrario de los dirigentes rojos, que han sido los primeros en atacar tanto a la población civil de la retaguardia enemiga como a la de su propia retaguardia.»

Más todavía: «El Movimiento Nacional tuvo su origen justamente en razones humanitarias, en el deseo y el deber imperioso de defender a la población civil contra el asesinato, el pillaje y el incendio, que habían comenzado en febrero de 1936 y que los dirigentes, con una ligereza sin precedentes, veían sin emoción.»

«Cuando las protestas encaminadas a la humanización de la guerra vienen de los que no toman parte en ella, merecen el más grande respeto. Sucede lo contrario cuando estas iniciativas parten de quienes han desencadenado todos los furios; de los que han organizado el terror; de los que, desde los primeros instantes, han desconocido el verdadero carácter de la guerra. Quienes han armado a los criminales de derecho común; quienes han sembrado el terror, desde el comienzo de la lucha, en las ciudades abiertas alejadas del frente, por bombardeos atroces; quienes tienen sobre sus conciencias el asesinato de medio millón de ciudadanos; quienes se proponen arrojar al mundo, para escapar de una situación sin salida, a una conflagración espantosa, simulando ataques a las mismas unidades navales encargadas del control; quienes varias veces han volado sobre territorios neutrales para atacar traidoramente por la espalda; quienes sirven los propósitos del más grande tirano de la historia con una sumisión de provinciales (?); quienes, en el Ministerio de la Gobernación, impulsan a una depuración que no es sino el asesinato... éstos podrán invocar lo que quieran, salvo los sentimientos de humanidad, de que jamás se acordaron hasta que la realidad les ha mostrado la inferioridad notoria de sus elementos de ataque y defensa.»

Y luego: «Un espíritu caballeresco, la clemencia, la piedad: tales son las grandes virtudes de los dirigentes de la España Nacional.»

Y después: «La guerra es un hecho y la guerra tiene sus leyes.»

«¿Quién puede tener interés en provocar interferencias? (Llama el articulista interferencias a los incidentes con los neutrales.) Los que desean, y no lo ocultan, un conflicto internacional que englobe en una catástrofe más vasta el problema español; los que, en varias ocasiones, sin siquiera atreverse a arbolarse su pabellón, han atacado a las unidades navales del control, y aun a los navíos de neutros, por submarinos

sin bandera, en los alrededores de sus bases marítimas, que sólo abandonan para realizar actos de piratería, porque son incapaces de servirse de sus navíos para una guerra normal.»

Y más abajo: «Repitámoslo: Humanizar la guerra es la suprema aspiración de los nacionalistas.»

He copiado literalmente. Creo que lo que antecede se comenta por sí solo.

Según el *Bulletin* de M. André Real, publicación oficiosa de Franco en París, ellos, los rebeldes, no han asesinado a nadie, ni han bombardeado ciudades abiertas de la retaguardia, ni han atentado jamás contra el Derecho de Gentes. Los barcos echados a pique en el Mediterráneo por submarinos y aviones, fueron víctimas de los republicanos, a quienes traían víveres y combustible. Y si es verdad que los militares se sublevaron contra la República, a la que habían jurado lealtad en julio de 1936, fué por razones humanitarias exclusivamente.

A estas alturas, cuando, al fin, el mundo entero, espantado, se levanta contra los llamados «nacionalistas» españoles, y las más altas personalidades eclesiásticas, científica, literarias, industriales y bancarias de Inglaterra se dirigen, en documento sensacional, a su Gobierno excitándole a impedir que se repitan horrores tan monstruosos como los recientes bombardeos de Valencia y Barcelona — obra de la aviación italiana al servicio de Franco, la cual ensayó en ellos nuevas bombas explosivas de recentísima invención alemana —; cuando Mr. Eden declara en la Cámara de los Comunes que los actos de piratería, submarina y aérea, cometidos en el Mediterráneo, fueron acción exclusiva de los franquistas, más o menos camuflados en legionarios; cuando la execración universal abruma a los responsables de la guerra española, hay plumas mercenarias que osan escribir lo que, con bascas en el alma, he reproducido al principio de este artículo.

Días pasados recibí la visita de dos amigos residentes en Gibraltar, súbdito inglés el uno y francés el otro, a quienes no veía hacía mucho tiempo. Me contaron horrores de lo que ha pasado y pasa en Andalucía. Y uno de ellos, precisando detalles, me dijo:

«Cuando estalló la rebelión, los republicanos fueron dueños de Algeciras y de La Línea durante algunos días. No mataron a ningún monárquico ni a fascista alguno. Así que los moros llevados de África se apoderaron de ambas poblaciones, los monárquicos y fascistas de ellas se dedicaron al asesinato en masa. En pocos días, fusilaron en Algeciras a trescientos liberales y en La Línea a muchos más. Yo conocía a no pocos de los ejecutados, personas dignísimas, que jamás hicieron daño a nadie. Desde entonces, se ha seguido, en todos los pueblos y ciudades cercanos a Gibraltar, matando gente. El número de muertos es incalculable.»

Incalculable, sí: en el campo gibraltareño y en toda la España fascistoide. El *Bulletin* alude a medio millón de víctimas. Miguel Maura, en unas recientes declaraciones, ha hablado de un millón. Más cerca está Miguel Maura de la verdad que el editorialista del *Bulletin*. Casi un español de cada veinte han perecido de muerte violenta desde julio de 1936.

¿Y por qué? Porque las clases conservadoras españolas no podían consentir que se afianzara institucionalmente, por medio del sufragio, una República lo bastante atrevida para mermar un poco sus privilegios sociales y su político poderío; porque juzgaban indispensable el mantenimiento de la servidumbre del colono y de los jornales de peseta y media; porque era intolerable, en su opinión, que se procurase, legislativamente, la abolición de los latifundios...

Según los datos del Instituto Geográfico y Estadístico, en las provincias donde estaba terminado el catastro, el suelo cultivable pertenecía, en más de su mitad, a menos de diez mil personas; había, además, unos setenta mil propietarios menores, y una cuarta parte de ese mismo suelo aparecía repartido entre cerca de tres millones de campesinos manifiestamente, que sacaban de sus parcelas, trabajando todo el año, de sesenta a ciento cincuenta duros cada doce meses. En cuanto a los que no poseían tierra alguna, o pagaban rentas enormes o cobraban doscientos jornales en las cuatro estaciones. Y esos jornales, inverosímilmente misérrimos, les eran, muchas veces, dados como limosnas.

Para que semejante régimen social no sufriera modificación alguna, las clases conservadoras hispanas, y la Iglesia con ellas, fueron a los cuartos de banderas y sublevaron a los oficiales, y luego trajeron a ochenta mil moros de África y a los apaches del Tercio, y reforzaron a éstos últimos con la hez de los presidios, y vendieron la patria a Italia y a Alemania, y pidieron y lograron el envío a España de ejércitos extranjeros de invasión, y entregaron a las mujeres españolas a la atroz lujuria de los africanos... (Todos los días nacen niños mestizos en la España franquista.) Y arrasan, como en Guernica, como en Durango, como en Cangas de Onís, ciudades enteras hasta sus cimientos, y realizan herodíadas tan horribles como las recientes de Barcelona, en la Barceloneta y en San Felipe Neri, y ofrecen a los inventores alemanes de nuevas máquinas de exterminio, vidas de ancianos, mujeres y niños españoles, para que se entreguen a prácticos y decisivos ensayos...

Pero quiero repetir un párrafo del sintomático artículo que estoy comentando. Este: «Jamás se acordaron de los sentimientos de humanidad, hasta que la realidad les hubo mostrado la inferioridad notoria de sus elementos de ataque y defensa.»

No es cierto. No se nos ha mostrado ahora esa realidad amarga. La veníamos sufriendo desde el primer día de la guerra civil y nacional. Ellos, los facciosos, tuvieron siempre en sus manos la potencia militar del país. Y la tuvieron porque se apresuraron a robársela, y porque la infamia de la *no intervención* en sentido único nos impidió que la reemplazáramos rápidamente con otra, y porque Italia, Alemania y Portugal les abastecieron y les siguen abasteciendo, cobrándose en territorios, y en materias primas, y en hipotecas de todo orden sobre la independencia y seguridad nacionales, de aviones, cañones, ametralladoras, fusiles, proyectiles y carros de asalto...

Vienen de Baleares los aparatos italianos, tripulados por *condottiers* de Mussolini, y arrojan sobre las ciudades del litoral de Levante bombas fabricadas en Italia o en Alemania. Destruyen los aeroplanos de Franco a la infeliz Guernica. Los autores materiales de la atroz hazaña son — nadie lo ignora hoy en el mundo — pilotos alemanes montados sobre *Junkers* y *Heinkels*. Torpedean incógnitos submarinos barcos de comercio, que no llevan material de guerra y sí, a bordo, delegados del Control... Se trata de submarinos italianos, prestados por Mussolini al generalísimo de sus cipayos ibéricos...

Sí. Tenemos, es verdad, menos aviones, menos cañones, menos ametralladoras, menos explosivos, menos tanques, menos fusiles que Franco y sus alemanes, italianos, rifeños, yebales, senegaleses, mauritanos de Ifni, negros de Guinea, libios, eritreos y somalíes, *dubtats* del Ogaden y ex presidiarios del Tercio: no podemos negarlo; pero, en cambio, están con nosotros, y nunca — ¡nunca! — estarán con ellos, la razón y la justicia.

Y eso nos basta... Fabián VIDAL
(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Dos conocidos periodistas norteamericanos en España

John Wittaker, el célebre autor de "Fear Came Over Europe", que ha vivido largos meses en la España de Franco, y su compañero Richard Mowrer, llegan a Barcelona

Han llegado a Barcelona dos periodistas eminentes, escritores ambos de gran prestigio universal. John Wittaker es el célebre autor de «Fear came over Europa», obra varias veces agotada, glosada por la opinión democrática y liberal del mundo entero en términos elogiosos. Como enviado especial del gran rotativo yanqui «The Chicago Daily News», viene acompañando al que quedará una temporada larga entre nosotros, el periodista Richard Mowrer, hijo de Paul Scott Mowrer, redactor jefe de aquel importante periódico.

John Wittaker ha permanecido algunos meses en la España de Franco. Sus artículos, desde la zona fasciosa, han sido duras críticas de la actuación de los rebeldes. Cada artículo recrudecía más sus comentarios y John Wittaker fué invitado a abandonar los dominios fascistas. Ninguna labor que pueda merecer con más justicia el reconocimiento de la España leal que las críticas de atinadas y objetivas que desde el campo rebelde hizo este gran escritor liberal, enemigo de la falacia y de la mentira. Ya su libro «Fear came over Europa» despertó una fuerte conmoción en todo el mundo, tanto por su objetividad magnífica, como por su crítica, dura y exenta de todo ornamento sectario. Los numerosos artículos aparecidos en el «Chicago Daily News», defendiendo la causa legítima de la República española frente a la propaganda fascista, son el mejor testimonio que contrasta con los artículos recogidos en el mismo periódico republicano donde John Wittaker revela los horrores de la España rebelde.

Richard Mowrer ha escrito también apreciables artículos en «Chicago Daily News». Este periodista es sobrino del autor, del mismo nombre, de la obra «Germany puts the clock back» (Alemania retrasa el reloj), que le valió a aquél la expulsión fulminante del paraíso «nazi», con la consiguiente irritación del «führer».

Con Wittaker y Mowrer cambiamos las primeras palabras apenas llegados a la sede del Gobierno español. Describir la emoción que en ambos se refleja desde el principio de nuestra conversación, sería tarea difícil. Queremos, sin embargo, que Mr. Wittaker nos confíe su primera impresión:

—Quizá no pueda emplear más que un adjetivo: magnífico. Escritor democrata y liberal, hombre libre, he de sentir la causa leal española como si fuera la mía propia.

Prefiere ahorrar todas las frases encomiásticas para disponerse, a su vez, a interrogarnos. Quiere obtener datos precisos y concretos. Los oír de labios de los gobernantes de la República. Le parece mucho el tiempo que ha de esperar—bien poco por cierto—para saludarlos.

—Mi admiración sincera por los gobernantes de la República española, es la de todo el mundo civilizado. Son uno más...

Interrogamos al autor de «Fear came over Europa» sobre su estancia en la España franquista. Tal vez hubiera preferido el escritor americano que nos remitiéramos a todo cuanto ya ha escrito. Unas declaraciones de quien tanto ha contado y tanto ha dicho, han de ser forzosamente una nueva repetición. Por ello hemos de contentarnos con unas impresiones someras y rápidas, que, sin embargo, reflejan el horror de esa España invadida por el fascismo internacional.

—Desde los primeros días de la sublevación militar, en la España

franquista, el terror organizado ha ido cumpliendo su macabra obra hasta aniquilar, en muchas ciudades y regiones, a más del tercio de la población. Aunque yo no he sido testigo presencial de los fusilamientos, a los que eran invitados mis colegas, los representantes de prensa extranjera, he contemplado, sin embargo, los saqueos y asesinatos en masa de Cáceres... He entrado con las tropas rebeldes en más de una población conquistada. Muy pocos periodistas podían hacerlo, pues las autoridades facciosas no invitan a los corresponsales de prensa hasta algunos días después de ocupada alguna plaza. Lo que he contemplado en esas plazas reconquistadas, son las escenas más horripilantes que podría imaginar ningún ser civilizado.

Wittaker sabe de aquellas hordas teutonas que arrasaron los pueblos de Bélgica en 1914. Ahora conoce por sus propios ojos algo peor. Así lo refleja en esta impresión personal: —En los primeros meses de guerra—y dudo, a pesar de que lo afirman los rebeldes, que ahora se haga de otra manera—no había prisioneros. Las ametralladoras eran utilizadas para exterminar los numerosos grupos de prisioneros, que en el mismo campo de batalla o cerca de él quedaban horrorosamente destrozados por las máquinas importadas de Alemania o de Italia.

—¿Ha hablado usted con el «generalísimo» Franco alguna vez?

—Algunas veces. Concretamente recuerdo tres entrevistas. Me dió siempre la impresión de un hombre

mediocre, de difícil expresión, que chapurreaba como único idioma extranjero el francés.

Podríamos ir más allá en nuestra entrevista. John Wittaker no evita las preguntas. Pero no es el escritor de quien cabe exprimir todos sus pensamientos, ya que es natural que él reserve algo para sus libros y sus artículos. Así se lo hacemos saber. Sonríe, y nos dice:

—La tarea de decir la verdad en lo que escribo, no excluye la posibilidad de adelantarla. Sobre todo, cuando esa verdad es grata a quienes la sustentan y la defienden.

El silencio de Richard Mowrer corrobora las expresiones francas y dotadas de sano optimismo de John Wittaker. Y aquél es quien para celebrar el encuentro nos ofrece el «whisky» tradicional:

—La democracia americana brinda por la democracia española.

John Wittaker, sin abandonar su sonrisa, dice simplemente:

—¡Salud!

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO

La República en los frentes de guerra

(De nuestro corresponsal en el frente de Levante)

LA VIDA SE NORMALIZA Y LA PRODUCCION AUMENTA

Desde la toma de Teruel por las tropas republicanas, las autoridades, bajo la dirección del gobernador general de Aragón, han realizado una labor ingente, no sólo en la vieja ciudad, sino en numerosos pueblos de los rescatados y en otros que se asientan en las proximidades de éstos. Nada más lamentable que el estado en que todos aquellos lugares se hallaban. Los facciosos no sienten preocupación alguna por la salud pública. Basta decir que una hora después de llegar las tropas del Ejército Popular a un pueblo o a una posición que pertenecieron a la facción, sienten la que, un poco hiperbólicamente, denominan «peste fascista». Toda clase de miseria se apodera de nuestros soldados, sometidos en seguida por los sanitarios a medidas rigurosas de desinfección. Asombra el hecho, pero es rigurosamente cierto. Pues bien, las autoridades republicanas comenzaron por sanear Teruel y los pueblos inmediatos y luego, adentrándose hacia retaguardia, ordenaron el trabajo en unos puntos y lo reformaron en otros. Por ello, actualmente, en las zonas mineras de la provincia de Teruel se trabaja con arreglo a nuevas normas y la producción aumenta. El aumento proviene no sólo de la preindicada ordenación del trabajo, sino del celo que los mineros ponen en toda la jornada.

El carbón llega a muchos pueblos del interior y otros muchos, hacia el Norte, también han tenido aprovisionamiento eficaz de tan necesario combustible.

Los caminos mejoran, debido al esfuerzo de elementos obligados al trabajo, para no ser gravosos a la República, ya que tan perjudiciales le fueron, y a la prestación personal del vecindario de los pueblos por donde aquéllos deben pasar. En este aspecto no ha sido lo estrictamente militar lo que ha impulsado a los organizadores del trabajo, sino la necesidad de que las vías de comunicación beneficien a millares de españoles que hasta estos momentos han carecido del medio preciso para comunicarse con lugares de educación, de distribución y, en ocasiones, de mejor servicio, a la República.

Estos hechos han señalado una mejora de situación en amplias zonas del frente de Levante, donde, en estas horas, se oye el ruido formidable de la batalla y, al mismo tiempo, se trabaja con eficacia en el campo, en los montes y en las minas, mientras centenares de hombres trazan nuevos caminos, que son de ayuda para la victoria y de segura prosperidad para numerosos pueblos.

Estos comienzan a sentir los efectos de una labor eficaz por parte de todas las autoridades republicanas, que han llevado, en momentos difícilísimos, médico, ingeniero y maestro a donde la incomunicación era turbada tan sólo por la intervención caciquil o, en los últimos meses, por el estruendo de la guerra.

La República reconquistó pueblos para el terreno y para las instituciones leales.

LA CULTURA, OBSESION DEL SOLDADO QUE COMBATE

Queda consolidado en el Norte todo cuanto los temporales de agua, hace pocas semanas, y luego la nie-

“El Evangelio santo de la violencia sostiene a la Falange”

Con tan «pacíficas» palabras comienza el artículo publicado en Sur de Málaga, el 29 de enero del 38. En ellas se resume el expositivo programa de la Falange tradicionalista. «La Falange nace con audacias de violencia.» Nació con tales audacias y con tales audacias sigue. «No queremos una Falange fofa, sin nervio, sin músculo, sin espíritu ni brazo que la defiendan, sin audacia ni actividad. Nuestra Falange, violenta. Como fe de espíritu de la que la dieron principio: nuestra España — como el reino de los cielos al aparecer Cristo — sufre violencias y los violentos serán quienes la conquisten en plena dominación.»

Del reino de los cielos en que nace un niño bajemos al oscuro portal en donde se produce el aborto de un «generalísimo». La de los miembros de la Falange apura la colérica «ideología» de organización incivil: «Nos aterran los comprensivos para quienes es dogma intangible la transigencia». Somos «violentos por necesidad», reconocen. Pero su proclamada violencia no excluye el desahogado proselitista. La Falange llama a la puerta de los hogares españoles y amenaza cuando la puerta se abre:

«Llamamos a tu generosidad con el yugo. No hagas que sea necesario disparar las flechas preparadas para ablandar los corazones duros, para taladrar las cajas fuertes.»

Se apagó para siempre la dulce poesía, el empalagoso lirismo con que se quiso disimular la intención agresiva del emblema falangista. Hay que humillarse al yugo y no dolerse al estímulo de la piñada de las flechas. No se trata de estimular corazones propicios al amor. Se trata de ablandar corazones recios, conciencias honradas, orgullos ciudadanos. Se trata de taladrar cajas fuertes, de ralentizar conciencias no menos fuertes, de fustigar altivas voluntades. Ese es el programa de la Falange.

«Uncete al yugo, que es suave y leve, con la vida que salvaste con la hacienda que aun conservas. A este yugo en justicia te debes por derecho de rendición y conquista. Como botín de guerra.»

Como botín de guerra han de ser uncidos al yugo los reacios a la esclavitud que tan generosamente se les brinda. El «ideario» de la Falange lo exige. Sirva para calificar de una vez y descalificar para siempre a estos improvisados evangelistas de la violencia las palabras siguientes, encaminadas, sin duda, a la supuesta redención del género humano:

«Frente a hombres cerrados de mente y corrompidos de conciencia, la luz de la razón no tiene valor ninguno de convicción. Sólo es posible dominarles por la fuerza. Con la dialéctica de los puños y de las pistolas.»

Dialéctica que ha resultado fallida una vez más en los campos de Teruel, donde un obispo faccioso se ha entregado a la tolerancia y a la generosidad de la República triunfante.

dados dentro de la tónica de la guerra y los instruya copiosamente. Podemos afirmar que los Mandos de todos los Cuerpos de Ejército, desde el Ebro al Pirineo, procuran difundir la obra del Ministerio y de los soldados de la Cultura con entusiasmo de decisión y están dispuestos a ayudar, incluso por medio de aportaciones económicas personales, en cuantía considerable. Afirmemos que el alfabetismo ha desaparecido, en el Ejército del Este, en proporciones numéricas que producirán a s o m b r a cuando termine la labor estadística que ha comenzado en 1.º de febrero.

Las informaciones que publica este DIARIO responden siempre a la veracidad más estricta

Los fascistas italianos confirman, con crecienté descaro, su intervención directa en la guerra de España

Roma, 14. — La prensa italiana del 13 de febrero publica la siguiente información: «En estos días, el *duce* ha enviado a la madre del teniente Cesco Francesconi, heroicamente caído en tierras de España, en el puerto del Escudo, en Santander, su fotografía con un autógrafo que dice: «A Ester Francesconi Zadra, en memoria del hijo caído heroicamente en tierras de España. Mussolini.»

Toda la prensa publica largas informaciones de la ceremonia de la entrega de la carta de la Asociación de Mutilados de Guerra a los «legionarios de Africa y España».

Grandes interesantes manifestaciones de nuestro embajador en Bélgica D. Mariano Ruiz-Funes

Es de un interés fundamental para nosotros conocer con toda exactitud la impresión que en el extranjero produce el desarrollo de nuestra guerra de independencia nacional. Aunque constantemente nos llegan testimonios que acusan ya una mejor comprensión de nuestra causa por parte de las grandes potencias democráticas, hemos estimado oportuno requerir a algunas destacadas figuras republicanas, que realizan actualmente fuera de España una labor de positiva eficacia, para que nos suministrasen algunos detalles sobre este tema. He aquí lo que nos ha manifestado el ilustre ex ministro de Izquierda Republicana, embajador de España en Bélgica, don Mariano Ruiz-Funes:

«Nuestra guerra, desde una posición elemental, ha sido considerada en el extranjero como una lucha de ideologías. Este erróneo criterio es la obra de una propaganda intensa de los Estados fascistas, que ha penetrado por todas partes, sin encontrar la adecuada respuesta de las democracias, inadvertidas o claudicantes. El Gobierno actual ha hecho, por su parte, una obra gigantesca para anular esta propaganda tendenciosa. Y las propias inadvertencias de los rebeldes la han secundado inconscientemente.

Franco, que ha encontrado formas de traición insospechadas por los peores traidores, llama en su auxilio al extranjero. El invasor cobra el precio de su ayuda con usura. Primero comparte con los rebeldes la dirección de la guerra, para absorberla después íntegramente. En su deificación — el más terrible de los defectos del fascismo — llega no sólo a anular las iniciativas de los traidores, sino incluso a no darles parte en las suyas. Como forma los proyectos y los realiza, se apunta como exclusivos los éxitos logrados. Al día siguiente de las ocupaciones del Norte de España, los italianos, con una vanidad hipertrófica, que ciega la reflexión, se adjudican como propias las operaciones militares y su resultado. Ya desde antes, estaba llena nuestra propaganda de pruebas abrumadoras de la invasión extranjera. Pero ésta la brinda la propia prensa italiana — un

solo periódico con varios títulos —, y el mundo abre los ojos deslumbrado por la perfidia y empieza a comprender que no se debate en España una lucha de ideologías. Aquí sólo hay un pueblo que, una vez más en la Historia, se ve forzado a defenderse contra una invasión extranjera. Una invasión extranjera a la que han dado acceso al territorio de España gentes nacidas en él. Tal monstruosidad moral emociona a las conciencias por encima de las ideologías políticas. No, por desgracia, de todas las ideologías. Hay quien lleva la pasión más allá de los más rudimentarios escrúpulos morales. En España no hay hermanos enemigos. Hay los españoles y frente a ellos los italianos y los alemanes y, humildemente escondida tras los invasores, la traición encubierta por el gesto abyecto de la ignominia de un grupo de nacionales.

Se ha comprendido también en el extranjero que la República española se ha visto forzada, a pesar de su voluntad de paz, a defenderse contra una rebelión que socavaba, airadamente, su poder legítimo, y contra una invasión que intenta apoderarse de su suelo, de su economía y de la conciencia del país.

Lo que no se ha comprendido hasta ahora tan bien, es la eficacia del instrumento con que se lleva a cabo esta defensa. Y esto es lo que ha puesto de relieve la acción de Teruel.

La conciencia universal, un poco tarda en la percepción, ha visto claro, por fin, y ha podido percibir de un modo fulgurante que fenemos razón y que sabemos imponerla. Tener razón no pasa de ser una abstracción lógica para la claudicante moral de esta hora indecisa de la Historia. Saber imponerla es un argumento contundente para la llamada política realista, esa política realista que sigue siempre al vencedor. Nuestro derecho va siendo ya cosa evidente, porque lo es nuestra fuerza. Esta ha sido la gran lección que ha ofrecido a la comprensión peregrina del mundo la victoria de Teruel.»

(«El Liberal», de Madrid.)

Una orden de los facciosos que puede calificarse como "única en el mundo"

En Asturias han sido declarados nulos todos los matrimonios celebrados después del 18 de julio de 1936 y los cónyuges son obligados a vivir separados con el apercibimiento de graves sanciones para los contraventores de esa orden insólita

(Por teléfono, de nuestro corresponsal en Valencia)

EL TEXTO DE LA GROTESCA DISPOSICION

Cuando ya el pueblo asturiano, palpitante de horror bajo el dominio cruel del fascismo internacional, creía agotada su capacidad de asombro tras las numerosas órdenes desconcertantes que eran expresión caótica de un despotismo desenfrenado, una nueva disposición de la autoridad facciosa ha hecho culminar el estupear en miles de hogares.

La noticia cundió no hace mucho tiempo por ciudades y pueblos, llegó hasta los humildes caseríos semiocultos entre las montañas y conmovió a las gentes con la rapidez del anuncio de un absurdo peligro inesperado. Todo lo temía el pueblo astur de aquel ejército italiano que, con el renor de haber encontrado una gran resistencia en aquella región, hacía a ésta objeto de sus bárbaras represalias y acuciaba a las autoridades facciosas, improvisadas y dirigidas por los extranjeros, a que vejaran sin piedad a los sojuzgados.

Por eso, las órdenes tajantes para destruir todo cuanto a partir del 18 de julio de 1936 se había realizado en Asturias con arreglo a la vigente legislación de la República, se sucedían con celeridad, como una siembra de desorientación llevada a cabo entre el terror de asesinatos, encarcelamientos y saqueos.

—Pero esta reciente disposición — nos dicen quienes comunican y prueban documentalmente esta noticia — ha sido algo que, por lo arbitraria, ha llegado al pueblo con los caracteres de una venganza con insólito matiz de puerilidad.

La orden a que hacen referencia y de la que presentan copia los declarantes dice así, en sus cuatro apartados:

«Primero. — Considerando que el gobierno del generalísimo se ha servido disponer que no surtan efectos legales los actos y contratos autorizados en Asturias por los llamados Tribunales establecidos por los rojos, quedan anulados todos los matrimonios efectuados en la que fué zona marxista de esta región a partir del 18 de julio de 1936.

«Segundo. — Los matrimonios celebrados en estas circunstancias deberán disolverse en un plazo de cuarenta y ocho horas a partir de la fecha de esta orden, y los cónyuges procederán a su separación, reintegrándose a sus hogares y a su vida de solteros, con apercibimiento de las graves sanciones que serán impuestas a quienes ofrezcan la menor resistencia a esta orden de la autoridad.

«Tercero. — Las autoridades militares y todos los agentes a sus órdenes cuidarán de que la presente disposición sea cumpli-

da sin demora ni excusa alguna, procediendo a la detención de aquellas personas incurso en la presente disposición que continúen haciendo vida marital, y serán admitidas sobre esto cuantas denuncias sean presentadas contra los contraventores de esta orden.

«Cuarto. — Para lo sucesivo, sólo tendrán validez legal en Asturias los matrimonios que se celebren ante las autoridades eclesiásticas de la Iglesia católica, previa la tramitación de los oportunos expedientes instruidos con arreglo a la Legislación canónica.»

EL ABSURDO DE LO ANTI-JURIDICO

Las cuarenta y ocho horas de plazo concedidas para la separación de cónyuges fueron de angustiosa confusión en miles de familias asturianas. La comprobación de los absurdos que surgían ante la lectura de esa orden complicaba la comprensión de las gentes. Se daba la circunstancia de que en algunas ciudades asturianas — por ejemplo, en Gijón — no habían dejado de funcionar ni un solo día los Juzgados municipales, ya que la actuación de éstos no se había interrumpido al producirse el movimiento militar, porque éste fracasó allí y apenas si hubo que proceder a leves medidas de remoción de unos pocos

EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente.

funcionarios. Por lo tanto, ¿cómo podía ser considerado ilegal un matrimonio celebrado el día 18, mientras era legítimo el otorgado la víspera, día 17, ante las mismas autoridades judiciales que aquél?

Otra preocupación natural: ¿en qué situación quedaban los hijos nacidos de esos matrimonios que ahora quedaban disueltos con la orden de separación de cónyuges? ¿Y el embrollo que esa orden había de producir en los múltiples derechos que, entre los cónyuges y sus herederos, tienen su origen en el contrato matrimonial?

Todavía hubo quien, al pronto, sintió la duda de si la nulidad de los contratos matrimoniales se referiría a aquellos que, por haberse celebrado en poblaciones en las que la defección de funcionarios había dejado inactivos temporalmente los Juzgados, se habían otorgado ante otras autoridades. Pero esta duda quedaba rápidamente disipada, por cuanto todos los matrimonios que se habían celebrado de ese modo habíanse legalizado posteriormente ante los reorganizados Juzgados municipales e inscrito en los correspondientes registros civiles, ya que así lo ordenó, en diciembre del mismo 1936, el Ministerio de Justicia de la República.

Y COMENZO ESTE NUEVO PROCEDIMIENTO FASCISTA DE REPRESION

Algunas familias afectadas por esa singular orden del mando faccioso se aventuraron a solicitar unas aclaraciones sobre el particular, y la respuesta fué rotunda: no había nada que aclarar; la orden debía ser cumplida a rajatabla tal y como estaba ordenado en el párrafo tercero, o sea «sin demora ni excusa alguna». Lo único que se concedía era que los cónyuges, después de separados, pudiesen intentar la celebración de matrimonio ante las autoridades eclesiásticas. Pero esto no surtió efecto más que en aque-

llas personas que, aun hallándose en ese caso, eran consideradas como afectas al fascismo. Para las demás, sobre todo para las pertenecientes a la clase popular, no ha habido solución, ya que aquellas autoridades católicas, previamente advertidas por el mando militar, contestaban con un argumento de índole canónica que imposibilitaba, según ellas, la celebración del nuevo matrimonio. El argumento era el siguiente: consideraban que el hombre y la mujer casados ante autoridades de la República, conceptuadas por los fascistas como ilegítimas, habían vivido en concubinato públicamente y con escándalo y escarnio de la moral, y esto constituía nefando pecado, por lo que quedaban condenados a no poderse unir ante la Iglesia, a menos que, después de largas gestiones en Roma, recibieran la dispensa del Papa. Esto significaba, como puede advertirse, una cerrada negativa.

Transcurridas las cuarenta y ocho horas, los matrimonios incurridos en dicha orden quedaron disueltos; los cónyuges hubieron de separarse, conminados a que no volvieran a reunirse, ni subrepticamente, pues caerían sobre ellos las sanciones previstas por la autoridad.

Los primeros contraventores fueron denunciados. El hombre fué encarcelado, y la mujer, sometida a vejaciones y escarnios y señalada para lo sucesivo como «roja peligrosa», circunstancia que la sumirá en la condición de víctima futura de la turba fascista.

Esta es una faceta dramática — otro motivo de persecuciones — para el pueblo asturiano y grotesca para esas autoridades facciosas que, en su afán de destruir, producen el caos en la vida civil y militar, y que, en su loca pretensión de hacer daño, intentan destruir hasta el fundamento legal que ampara los impulsos sentimentales del amor y la paz de los hogares.

España, crucificada por el fariseísmo

La «Stampa Sera» olvida los asesinatos cometidos por Franco en las personas de los sacerdotes vascos y se rasga las vestiduras por el procesamiento de Anselmo Polanco, ex-obispo de Teruel

El fascismo italiano, invasor de nuestro territorio, conquistador de la zona que lleva como *inri* el apellido de «nacional», prosigue la infame campaña mendaz que pinta al pueblo español—su enemigo más eficaz, auténtico e irreconciliable—como un muchedumbre sádica, feroz y sedienta de sangre. Los verdugos de este pueblo sobrio, sufrido y humilde, al que infieren todo género de injurias y martirios, tienen el descaro inaudito de pintarlo como autor de los crímenes que solamente ellos cometen con degenerado refinamiento y deleite. El régimen que ha dado vida al farsante Mussolini, desen-

mascarado por el propio De Bono al hacer historia de la invasión sangrienta de Abisinia; el régimen que consiente que un señorito chulo, Bruno, hijo del dictador, se divierta incendiando aldeas miserables formadas por cabañas de ramaje y cazando abisinios desde su avión, como si fueran alimañas, achicharrándolos en las llamaradas de los bosques destruidos para acabar con toda vida humana que en ellos aliente y se proteja, tiene la osadía insólita de culpar al pueblo español y de ofrecerlo a los lectores de sus miserables libelos, co-

(Continúa en la página siguiente)

mo ejemplo de brutalidad y de salvajismo.

¿Cuál es la nueva invención, el nuevo ultraje?

¡El martirio del obispo Polanco! Del obispo Polanco, «que no cede a ninguna opresión roja y desafía la muerte a cada instante».

¿Inconcebible? ¡No! Del fascismo hay que esperar todo. Todo, menos lealtad, menos respeto a la verdad y a la justicia. ¿Cómo viviría el fascismo si no mintiese? ¿Cómo lo tolerarían sus esclavos, si supieran la verdad y no tuviesen el látigo sobre sus cabezas? El fascismo, la bestia negra, tiene que culparnos de martirizar a ese señor Polanco, a quien se atiende como no merece un delincuente vulgar, cualesquiera que fuesen su situación y su categoría antes de cometer el delito de que es reo.

La «Stampa Sera» es, esta vez, el órgano de que se sirve Mussolini para poner en circulación la ruin calumnia. He aquí unos párrafos de ese papel fascista:

«Por uno de aquellos casos extraordinarios y que pueden parecer inverosímiles, pero que todavía no conviene exponer, en todos sus detalles, para evitar otros inconvenientes y peligros, ha sido posible obtener noticias, si bien sumarias, acerca de la suerte del valeroso obispo de Teruel, monseñor Anselmo Polanco, de la orden de los agustinos.

Monseñor Anselmo Polanco, advertido a tiempo para que abandonase a Teruel, quiso quedarse con su pueblo para confortarle y asistirle durante todo el trágico asedio, yendo cada día a visitar los diferentes centros de resistencia de la ciudad. Cuando el coronel Domingo

Rey, a consecuencia de las tristísimas condiciones en que se encontraba el grupo de héroes que defendían aquella posición, decidió rendirse con la pequeña guarnición, fueron también hechos prisioneros algunos grupos de ciudadanos, y transportados en tren hacia Valencia.

Entre los ciudadanos desaparecidos estaba el obispo monseñor Anselmo Polanco, de cincuenta años, pero robusto y animoso. Durante algunos días no se supo absolutamente nada de su suerte: por una parte, se decía que había podido fugarse hacia las tropas nacionales de Franco; por otra parte, se creía que se había retirado con aquel grupo que, a pesar de todo, seguía resistiendo, contra toda esperanza. Pero estos días, un extranjero que ha podido salir de Barcelona y que para nadie podía ser sospechoso de infidelidad hacia los rojos, ha dado noticias de monseñor Polanco. Este, en realidad, había caído prisionero junto con otros ciudadanos que habían permanecido con los soldados de Franco en el Seminario, defendiendo la ciudad.

Monseñor Polanco fué conducido en tren a Valencia, y después a Barcelona, y contra él se ha instruido proceso bajo la acusación de alta traición y otras por el estilo.

Por lo que comunica la persona que ha dado esas noticias, estos días se verá la causa en los Tribunales de Defensa Nacional, y no es arriesgado prever que monseñor Polanco será condenado.»

¡Gran serie de estúpidas invenciones!

La «Stampa Sera» debe tener, pese a la subvención con que el «duce» la favorece, precarios medios de información. El mundo entero conoció

inmediatamente la presencia del señor Polanco entre los prisioneros de Teruel, y pudo leer la nota, espontáneamente suscrita por él, sin que nadie la deseara, ni mucho menos la pidiese, en que hacía constar el trato generoso de que había sido y continuaba siendo objeto. Ni un solo momento han dejado de darse posteriormente cuantas noticias se han solicitado respecto a su situación.

Los periodistas extranjeros que estuvieron en Teruel, pudieron comprobar cómo la República respetaba el derecho de gentes. ¡Qué diferencia con las atroces carnicerías de los sanguinarios sicarios del fascismo! Póngase Teruel junto a Málaga, Guernica, Bilbao, Santander y tantas otras ciudades, eventualmente en poder de la reacción internacional. Del lado de la República, la ley y el sentimiento de humanidad más profundo; del lado del fascismo, la brutalidad, el desenfreno, la vileza, la degeneración. ¡Qué enorme distancia, testarferos de la «Stampa Sera», que respaldáis el asesinato de músicos ilustres como Antonio José, de doctos profesores como Alas Argüelles, de sabios eruditos como el sacerdote Ariztimuño, y de poetas que dieron gloria a España en el mundo entero, como García Lorca! ¿Quién es ese obispo trabucaire y anticristiano al lado de esos muertos inmortales, que son el espíritu de nuestro país? Pues no siendo otra cosa que un jefecillo rebelde, «que cada día visitaba los diferentes centros de resistencia de Teruel», la República ha guardado celosamente su vida y le alimenta y sostiene en plano no precisamente inferior al de vida media en las ciudades leales.

gista notorio, Daniel González Garra. Ligado por estrechas relaciones de amistad con los falangistas más caracterizados por su participación en los asesinatos, el Cónsul de la República Argentina ha facilitado documentación de ciudadanos argentinos a muchos de ellos que no han tenido jamás ninguna relación con aquel país; entre los que se hallan en tales condiciones, conozco a Guillermo Oya y Alfonso González Garra.

Ha consentido el Consulado Argentino que en cierta ocasión, como ya he señalado, estuvieran encarcelados en el frontón 800 súbditos suyos. Afortunadamente, no todos los representantes de las Repúblicas hispanoamericanas siguen la conducta del renegado español que representa en Vigo a la Argentina, y hay algunos de ellos que tienen a orgullo el haber conseguido que no haya ni uno solo de sus nacionales sometido a la tiranía fascista.

A los argentinos hijos de padres españoles, la Guardia civil, cuando les detiene, les rompe los pasaportes que les protegen, y como el Cónsul se niega sistemáticamente a darles los certificados de nacionalidad a que tienen derecho, les deja a merced de los falangistas. Cuando éstos y los guardias civiles han intentado cometer análogos atropellos con uruguayos, mejicanos, cubanos, etc., la gestión de sus representantes consulares ha conseguido impedirlo.

Las reglas de derecho internacional no sirven sino para que los asesinos falangistas puedan alejarse impunemente de España, cuando se sienten ahitos de sangre, y para que los que aun siguen ejerciendo el terror, tengan cubierta la retirada cuando les llegue la hora de la expiación.

Alegando su condición de portorriqueño, ha podido embarcar para los Estados Unidos, cuando le llegó la hora de tener que incorporarse a filas e ir al frente, el jefe de los asesinos falangistas de Sada, Bergondo, Oleiro, Cambra y Abegondo; un licenciado en Medicina de Santiago, llamado Manuel Bao, que se vanagloriaba de haber dado muerte por su mano a 157 izquierdistas, entre los que se hallaban los directivos de

los Sindicatos obreros de Mondragón, Cambre, Oleiros y Carnuelo; el secretario del Frente Popular de Sada, el galleguista Juan Suárez Picayo, el militante comunista, de Meirás, Juan Carballeira. Que positivamente se sepa.

XX

COMO SE VIVE BAJO LA TIRANÍA

El régimen a que está sometida la población bajo la tiranía fascista es incompatible con el menor resquebrajamiento de dignidad ciudadana, sino ya de decoro personal. La sumisión que los nuevos amos exigen, ha de ser ciega, absoluta. No basta con bajar la cabeza ante sus leyes, ordenanzas y reglamentos, por duros e injustos que sean, sino que hay que doblar la cerviz ante los caprichos y veleidades del último de los falangistas. Los incidentes personales provocados por éstos son frecuentísimos; pero de ordinario no tienen ya ninguna consecuencia, porque los atropellados se guardan bien de protestar o revoltarse y soportan con aparente mansedumbre las mayores vejaciones. Hace pocas semanas, Guillermo Gonnella, aquel falangista que se ofreció voluntariamente para mandar uno de los primeros piquetes de ejecución, iba por la calle con su novia y molestó con las espuelas a un transeúnte; éste tuvo la ingenuidad de quejarse y protestar, y el falangista acompañó a su novia, volvió y le agredió bestialmente, seguro de su impunidad. ¿Quién se atreve a volverse contra un falangista? Ese tipo de incidentes es constante, y como decimos queda siempre reducida a estas minúsculas proporciones por una razón obvia: la de que por el terror los falangistas han conseguido abolir la dignidad humana.

Con las mujeres caracterizadas de antifascistas, o simplemente madres hijas o esposas de hombres de izquierdas, se han cometido vejaciones inauditas. El cortarles el cabello a trasquilones, como se hace en toda la España nacionalista, ha sido un castigo que han impuesto en Galicia a millares de mujeres. Pero, además les prohibían, so pena de graves días, taparse la cabeza para disimular la afrenta de que habían sido víctimas. Por burla e irrisión, les ponían en la cabeza pelada un lacito, con los colores de la bandera de la Monarquía, y en la frente les pintaban coque como *inni*, las letras U. H. P. obligándolas a pasear así por toda la ciudad, para diversión de los señores.

Es obligatorio llevar en la solapa la banderita monárquica y la insignia de Falange Española. El solo hecho de mostrarse remiso a esta exigencia o de intentar eludirlo, basta para ser apaleado en medio de la calle y en pleno día.

Cuando se va por la calle charlando con un amigo, surgen de improviso los falangistas, que acechaban ocultos en un portal o al revolver de una esquina, y, separando a los dos amigos, les preguntan a cada uno por un lado de qué era de lo que venían hablando concretamente en aquel instante. ¡Y pobres de ellos si sus respuestas no coinciden! El caso es tan frecuente, que ya antes de aventurarse a ir charlando por las calles, los interlocutores se ponen previamente de acuerdo sobre lo que han de contestar, si de improviso surgen los falangistas, preguntándoles por separado el tema de su conversación.

Las muestras de acatamiento al régimen han de repetirse a cada paso. En Vigo, hay un tipo grotesco, Anatólito Mediero, que tiene una escuela de niños en la calle de Tomás Alonso. El es falangista y su mujer carlista, con lo que en este matrimonio ejemplar se ve realizado el

(Continuará.)

Lo que han hecho en Galicia

El terror en la provincia de Pontevedra

XIX
(Continuación)

La energía y entereza personal del Representante británico evitó el atropello; pero, previendo que el atentado pudiera reproducirse, el Cónsul tuvo que marcharse en un destróyer de su país, que estaba anclado en la bahía. En calidad de agente consular británico, quedó únicamente un funcionario del Anglo South American Bank.

Así tuvieron que eludir los atropellos de los falangistas las naciones que no quisieron dejar a sus representantes autorizados, a merced del régimen arbitrario impuesto por los sublevados en Galicia.

Para los representantes consulares de nacionalidad española, no había ninguna garantía. El cónsul del Paraguay, don Avelino Rodríguez Elías, cronista prestigioso, fué encarcelado, y varias veces estuvo amenazado de muerte antes de que, merced a las gestiones diplomáticas que se hicieron para salvarle la vida, pudiera embarcar con rumbo a América.

Los representantes consulares de las Repúblicas hispanoamericanas que ven con simpatía la rebelión, por otra parte, han extremado su celo en el servicio de la causa rebelde, permitiendo a los fascistas, sin reclamación ni protesta, cuantos atropellos han querido cometer con los súbditos de sus países que eran españoles de origen. En el ejército de Franco hay actualmente 1.500 súbditos argentinos, que están luchando frente al Gobierno legítimo de España, en contra de su voluntad y con desprecio evidente de todas las leyes y reglamentos internacionales, sencillamente porque el Representante consular argentino, también español de origen, se ha puesto incondicionalmente al servicio de Franco, abusando

de la confianza que en él tiene depositada su Gobierno.

Este cónsul de la República Argentina en Vigo, don Oscar Gómez, es hijo de un español, Casimiro Gómez, que fué procesado por estafa

y condenado por los tribunales de Buenos Aires. Puesto incondicionalmente al servicio de los falangistas, el Cónsul de la República Argentina ha obtenido el nombramiento de vicecónsul, en Betanzos, de un falan-

La victoria de los republicanos españoles es la seguridad para Francia y la paz en el Mediterráneo

Por MARTINEZ BARRIO, Presidente de las Cortes

Al llegar a Francia, mi primera impresión es de alegre sorpresa. Los franceses de las diversas clases sociales han comprendido, al fin, la significación de la causa española. Se ha desvanecido el fantasma de una España dominada por el comunismo, destruida por el desorden y entregada a los ensayos de todas las utopías sociales. Para el francés medio, la República española es hoy lo que siempre ha sido: un régimen liberal y democrático creado por la voluntad del pueblo y confirmado varias veces por esta misma voluntad general. En España hay comunistas, como hay socialistas; pero a su lado, y dominando grandes masas de opinión, existen fuertes partidos republicanos democráticos, que no tienen otro programa ni otra aspiración que las líneas generales de la Constitución nacional.

La opinión pública francesa comprueba también este hecho: los republicanos gubernamentales son los mismos españoles que, durante la Gran Guerra, defendieron la causa de los aliados, o los descendientes de aquéllos; en cambio, los elementos rebeldes de Salamanca son los mismos hombres que entonces manifestaron su simpatía y ofrecieron su colaboración a los Imperios centrales. En 1936, el problema repite las características de 1914: un ataque a

fondo de los regímenes autoritarios contra los pueblos organizados democráticamente, y el deseo de sustituir la voluntad general por la dominación política de una clase privilegiada.

Compruebo también que la opinión pública francesa está convencida de la lealtad de nuestros sentimientos en lo que concierne al vivo deseo de que la guerra española se limite al territorio español, sin provocar una extensión dolorosa y sangrienta del conflicto. Los españoles hacen la guerra porque les ha sido declarada, y nuestro ferviente deseo es terminarla, no sólo para que cesen los sufrimientos, los estragos económicos y los dolores de nuestra patria, sino también para evitar el riesgo supremo de que la guerra se extienda a otros pueblos del Continente.

La mayor garantía de paz, de la futura paz, no es, como creyeron ingenuamente algunos espíritus, el triunfo de los militares de Franco; antes al contrario, si éstos hubiesen dominado materialmente—pues de otra forma habría sido imposible—al pueblo español, habrían aumentado los riesgos de una guerra general. En cambio, la victoria de las armas republicanas facilitará la conservación del *statu quo* mediterráneo, la seguridad de las fronteras del suroeste para Francia y la posibilidad de un

nuevo arreglo político que establezca definitivamente las condiciones de paz que los pueblos desean.

No hay que olvidar que, al terminar la guerra, la República española tendrá un instrumento militar capaz y eficiente, una organización de sus industrias militares como jamás la tuvo, y una disposición general del espíritu contraria a toda coacción de los pueblos dictatoriales que, aprovechándose de nuestra discordia interior, han invadido España.

Desde agosto de 1936, los españoles leales al régimen republicano, fieles a nuestros juramentos y a nuestras convicciones políticas, no han pedido a la opinión internacional más que una cosa: que sitúe el problema español en sus términos estrictos, sin deformaciones ni desviaciones, única forma de que el esfuerzo general del país pueda ser comprendido. Esta justicia comienza a imponerse. España gana con ello y la causa general de la democracia también. Como español, yo me felicito del cambio operado, y como hombre encuadrado en la civilización occidental, liberal y democrática, voy ante mis ojos, debido a este mismo cambio, las más halagadoras esperanzas.

París, 11 febrero de 1938.

(L'Oeuvre, 12-II-1938.)